

I. - INTRODUCCION

Los tres capítulos de Romanos que hemos leído en estos días (6 a 8) constituyen un excelente compendio del tema que nos hemos propuesto, y así lo consideran los mejores intérpretes bíblicos; en consecuencia, sería muy útil, ilustrativo y realmente beneficioso, que los meditáramos detenidamente, procurando aplicarlos literalmente a nuestra propia vida cristiana; de esta manera recibiríamos la más grande bendición que un creyente puede experimentar, puesto que ahora y aquí, puede parecerse a su Señor. En efecto, mucho anhelamos que llegue el día cuando seremos semejantes a El, porque le veremos como El es; pero solemos olvidar que el Apóstol agrega allí que: "Cualquiera que tiene esta esperanza en El, se purifica, como El también es limpio" (1 Jn.3:2-3); por consiguiente, se nos exhorta a llevar una vida de santidad como la demostración fehaciente que en verdad deseamos la Segunda Venida de Cristo para buscar a los suyos y nos estamos preparando para ese día.

Esta es una de las tantas razones por las cuales nuestras iglesias que sustentan el Testimonio "Philadelphia", se ocupan muy a menudo del arrebatamiento de los creyentes, desde el momento que es un tema altamente santificante; mientras, por el contrario, las denominaciones claudicantes han abandonado por completo las cuestiones escatológicas o, a lo sumo, hacen aisladas referencias a un regreso en gloria del Señor al final de los tiempos; sin mencionar siquiera a los modernistas, que no creen en ninguna de estas cosas. Precisamente, debemos decir esto para comprobar la obra diabólica que ha logrado quitar del seno de las congregaciones evangélicas, otrora fieles, todos aquellos temas que puedan llevar a los creyentes a una vida santa; así como entre los racionalistas, el mensaje de salvación ha perdido todo su significado y contenido, para transformarse en charlas morales que jamás pueden impedir la perdición del género humano. De manera que no vayamos a caer en el engaño de pensar que nos hemos de referir a un asunto conocido o que se trata de un estudio repetido; porque lo importante es precisamente eso: tenerlo siempre presente, para luego comprobar si efectivamente lo estamos experimentando.

II. - DEFINICIONES

Volvemos también sobre este particular, considerando algunas enseñanzas falsas que circulan en medio de las denominaciones llamadas evangélicas y que van de un extremo a otro. En efecto, están quienes se consideran santos desde el momento que se convirtieron, como así también aquellos que estiman imposible alcanzar ese estado que solamente se logrará, según ellos, en el cielo. A este respecto debemos recordar que hay un mandamiento divino que no es una simple exhortación, sino un imperativo del Señor: "Sed santos, porque yo soy santo" (1 P.1:16). Y aquellos que creemos textualmente en las Sagradas Escrituras, podemos comprobar como, en esta sola frase, quedan destruidas las dos posiciones que señalamos antes. Es decir, hablando a los creyentes, ya renacidos, se les exige el cumplimiento de este precepto; por consiguiente, no son aun santos, pero es posible serlo en ciertos aspectos que luego veremos, aquí en la tierra, y a ello debemos extendernos.

En la Biblia el vocablo santo hace referencia, en primer lugar, a todo aquello que ha sido apartado para los usos divinos, se trate de personas o cosas materiales, puesto que en ambos casos se usa la misma palabra (Gn.2:3; Ex.29:37; Nm.7:1; Mt.23:17 y 19); en consecuencia, cuando una persona se arrepiente de sus pecados y cree en el Señor Jesucristo como su Salvador personal, desde ese momento recibe el Espíritu Santo en su corazón (Hch.9:13 y 32; 26:10; Ro.1:7; Ef.1:13 y 13; Fil.1:1), y como observamos en estos versículos, a todos ellos se los llama "santos". Esto es aquello que los teólogos han definido como "santidad posicional", que los renacidos tenemos en la Bendita Persona del Salvador. Pero a partir de ese momento, comienza para el creyente una vida de crecimiento espiritual, en la cual todo hijo de Dios debiera estar permanentemente ocupado (Fil.2:12); esta suele llamarse "santidad práctica", en relación con la cual podemos

ir alcanzando diferentes estados de gloria, mientras nos vamos extendiendo hacia esa meta sublime que es el Bendito Redentor. A este respecto decía Pablo: "No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo por ver si alcanzo aquello para lo cual fui también alcanzado de Cristo Jesús" (Fil.3:12). Pero luego agrega: "Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos" (Fil.3:15). Quiere decir, entonces, que siendo ya perfecto en el Señor, ahora procura la perfección en todos y cada uno de los compartimentos de su ser; como también en las manifestaciones de su vida física, moral y espiritual.

Este es un hecho progresivo; no hay una santidad total y absoluta en nosotros, sino procesos, en los cuales vamos dejando cosas malas y manifestando aquellas virtudes cristianas que Dios desea concedernos. Por eso la Biblia habla de niños en Cristo (1 Co.3:1) y del varón perfecto (Ef.4:13), que se alcanzará en plenitud recién cuando despertemos a Su semejanza (Sal.17:15). Es precisamente a esta vida de apartamiento de pecado, que también se aplica la palabra "santos", desde luego, referida únicamente a los creyentes.

III.- LOS MEDIOS DE GRACIA

Un renacido tiene que ocuparse "en" su salvación (Fil.2:12) y no de ella, porque ya la tiene; para lograrlo debe volver a examinar todo aquello que Cristo realizó en la cruz a su favor y depositar su fe en esa Obra redentora que ahora ha de librarle del pecado que aun lo mantiene sujeto a las cosas terrenales. Así, analizando el ya leído pasaje de Romanos, capítulo 6, debemos saber que nuestro viejo hombre fue juntamente crucificado con el Salvador (vers.6); por lo tanto, tenemos que pensar que estamos muertos al pecado (vers.11); por consiguiente, no debe reinar más en nuestro cuerpo (vers.12); sino que debemos presentarnos a Dios como vivos de los muertos (vers.13). Pero considerando nuestra flaqueza, Pablo nos indica que, como antes ofrecíamos nuestros miembros para pecar, ahora tenemos que presentarlos al Señor (vers.19). Desde luego que jamás llegaremos a realizar este proceso en nuestras propias fuerzas, y esta es la razón por la cual el Espíritu Santo ha venido a morar a nuestro mismo espíritu humano; porque El tiene el suficiente poder para librarnos de esa ley del pecado en la cual estamos sujetos y concedernos una victoria completa (Ro.8:2; Gá.5:22-25). Por supuesto que, para lograrlo, necesitamos una vida de plena comunión con El, que consiste en entregarnos cada día para que nuestro yo deje de manifestarse y lo haga solamente la nueva criatura que ha venido a formar en nosotros (2 Co.5:17). Pero también se requiere una intensa vida de oración con el fin de conocer Su voluntad, consultándole cada vez que debemos tomar una decisión, sea en uno u otro sentido (Ro.8:9-16; 2 Co.3:18; Jud.20).

De todas maneras y, como muy a menudo sucede, podríamos equivocarnos fácilmente si solamente tuviéramos estos medios de gracia; de allí que Dios nos ha dejado Su Palabra escrita para que no haya posibilidad de error y confundamos la voz de Satanás con la del Espíritu Santo (Sal.119:9-11). Por eso la oración del Señor a favor de los suyos era: "Santifícalos en tu verdad: tu Palabra es verdad" (Jn.17:17); porque la pureza del Santo Libro obrará una profunda limpieza interior, quitando todos los pensamientos y sentimientos humano-diabólicos, para establecer la santidad de sus principios sublimes en cada uno de nosotros (Sal.12:6; Ef.5:26). Por otro lado, como dijimos, el Espíritu Santo que inspiró las Sagradas Escrituras, siempre se ajusta plenamente a ellas; más aun cuando debe revelar algo a cualquiera de sus hijos.

IV.- LA LUCHA ESPIRITUAL

A pesar de todo cuanto Dios ha provisto y desea de nosotros, El jamás nos obliga a realizar algo, sino que espera pacientemente que respondamos voluntariamente a sus más altos y nobles deseos, que surgen del inmenso amor que tiene para con sus hijos. Por eso la Biblia reclama de nosotros una mayor diligencia y ocupación en estas cosas (2 Co.7:1; 2 P.1:10), pues de lo contrario, fácilmente podemos caer en la tentación y el pecado. En efecto, no debemos olvidar que nuestra lucha no es contra los hombres, sino con los poderes de las tinieblas que los manejan (Ef.6:11-12) y allí

podemos observar que solamente usando las armas invencibles de la fe, llegaremos a obtener la victoria. El creyente descuidado, confiado en sí mismo, negligente, ocioso, vanidoso, etc., etc., fácilmente quedará a merced del enemigo y será derrotado.

Pero además de todo ello, hemos de recordar que todos los renacidos seguimos conservando la vieja naturaleza, que pretende continuar ejerciendo su dominio y permanentemente reclama sus derechos. A la carne no la podemos acallar tan fácilmente, puesto que repetidamente se levantará contra el Espíritu (Gá.5:17). De allí que, antes de llegar al capítulo 8 de Romanos, Pablo nos habla de esa tremenda lucha que tenemos todos los creyentes con nosotros mismos (Ro.7:14-25). Es decir, aunque entre los medios de gracia citamos el mencionado proceso del capítulo 6, donde pareciera que la victoria ha sido alcanzada, ahora nos plantea esta duda cuando, en lugar de hacer el bien que desea, obra el mal que no quiere. Respecto del Apóstol, los mejores intérpretes consideran que ese proceso le ocurrió recién convertido y antes de entrar al ministerio, pero lo relata en tiempo presente a los romanos que estarían pasando por esa misma experiencia. Sin embargo debemos dar gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro, porque nosotros también, como Pablo, solamente en El y por El, podemos tener la victoria, que luego se manifiesta plenamente en ese andar del Espíritu que no es patrimonio suyo, sino de todos los creyentes (Ro.8).

V.- EVIDENCIAS DE LA SANTIDAD

Es importante señalar, antes de terminar este tema, que procuramos hacerlo eminentemente práctico, que podemos tener claras evidencias de nuestras victorias en este campo de lucha interior y que se manifiesten no sólo allí, en lo profundo del ser, sino también en la conducta; es decir, nuestras obras prueban la realidad de lo que nos está ocurriendo.

1) En cada uno habrá de gestarse un real reconocimiento de que hace mal, porque somos malos en nosotros mismos; por lo cual caeremos de rodillas frente a la grandeza inconmensurable de un Dios que, a pesar de su momento santísimo, se ha dignado venir a morar a nosotros (Job 38:1-2; 40:4; 42:5-6; Sal.138:6; Ef.3:8).

2) En cuanto a nuestra manera de actuar deberá notarse, en primer lugar, no sólo nuestro abandono de las cosas pecaminosas, sino un verdadero aborrecimiento por todo lo que sea pecado (Ro.7:13).

3) Pero también tiene que manifestarse nuestro amor por las cosas santas, aquellas que tienen que ver con la vida eterna que Cristo nos ha concedido (Col.3:1-4; He.11:10).

4) Todo ello deberá reflejarse en una vida cristiana activa; de lectura de la Palabra, intensa oración, asistencia a los cultos, contribuciones generosas, participación y ayuda en la Obra, etc. (Sal.19:8-10; Lc.18:1; He.10:25; 2 Co.8:7; Ro.12:10-21).

VI.- PRENSIONES

1) No podemos eludir enfrentarnos con un tema tan claro en las Escrituras en cuanto a que la voluntad de Dios, que tantas veces aducimos no conocer, es nuestra santificación (1 Ts.4:3).

2) Tenemos evidencias terminantes de cuál es el camino de santidad; debemos confrontar con ellas nuestra propia experiencia y verificar qué es lo que está sucediendo con cada uno de nosotros (Fil.1:9-10).

3) La realidad del arrebatación de la Iglesia señala nuestra presentación ante el Tribunal de Cristo, frente al cual debemos estar irreprochables en santidad (2 Co.5:10; 1 -s.3:13 y 5:23).

4) Si tenemos esta benévola esperanza en nuestro corazón, corresponde purificarnos, tal como lo establece el Apóstol (1 Jn.3:1-3).